

# La hora de la prueba

1º DOMINGO DE CUARESMA – AÑO C

Dt 26,4-10; Sal 90; Rom 10,8-13; Lc 4,1-13

La reconciliación es el tema de las lecturas dominicales que nos acompañarán en esta Cuaresma, el tiempo litúrgico más adecuado para “hacernos entrar en nosotros mismos”, que comenzó el pasado miércoles con la imposición de las Cenizas. ¡Dejémonos reconciliar con Dios!, dirá san Pablo escribiendo a los Corintios. Acogiendo la presencia de Dios y su amor en nuestra vida podremos entender realmente quiénes somos, intuir que toda alegría en esta tierra es anticipo y caparra de la alegría eterna del cielo, comprender el sentido profundo de nuestro ser, a pesar de las dificultades, las desilusiones y la muerte que nos espera al término de la vida. Solo entonces podemos hacer la verdad sobre nosotros mismos y retomar nuestro lugar justo en el mundo. Nuestro renacimiento comienza justo de aquí, de esta invitación: ¡Dejémonos reconciliar con Dios

Para acceder a esta gracia, es necesario reconocer su presencia en nuestra historia. Esto sucede, no pocas veces, en la debilidad. ¿No ha sido así también para Jesús? Observémoslo en el Evangelio de hoy: después del bautismo en el río Jordán es conducido por el Espíritu en la soledad del desierto por cuarenta días largos. Solo al final de este tiempo, fatigado y debilitado por el ayuno, es atacado por Satanás, a cuyas tentaciones resiste al reconocer a su Padre y nuestro, como al único frente al cuál es lícito postrarse. La conciencia de su filiación con Dios, de su reconocimiento como Padre, pasa por la debilidad. Y para el pueblo de Israel, ¿no fue lo mismo? Su grito al Altísimo en el tiempo de la tribulación en Egipto (primera lectura) pasa también aquí por el sufrimiento. Y conduce a la respuesta de Dios. Misteriosamente la voz de Dios se escucha en la tribulación y en el agotamiento...

Hermandades y hermanas, preparémonos para acoger su presencia reconciliadora. Y en este año de la Misericordia, hagamos nuestras las palabras del Papa: «Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición de nuestra salvación. [...] Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre, no obstante el límite de nuestro pecado» (MV 2).

*Stefano Stimamiglio, ssp*

## Oración

Jesús, te observo  
mientras estás en oración  
en el desierto,  
solo y totalmente dirigido  
a tu Padre y Padre mío.  
Te suplico, Jesús,  
acéptame, silencioso,  
junto a ti, a orar contigo  
a tu Padre y Padre mío  
por tus ansiedades y las mías.  
Gracias Jesús,  
ahora ya no me siento solo  
sino en misteriosa  
y luminosa compañía  
de tu Dios y mi Dios.  
Amén.

